

P O R
M I
G R A N
C U L P A

Ligia Urroz

*Todo el mundo vigilaba a todo el mundo. Era obligatorio
conocer la vida de los demás para hablar de ella, y
amurallar la tuya propia para que no hablaran de ella.*

Annie Ernaux

*Las conversaciones clasificaban los hechos y las actuaciones
de la gente, su conducta, dentro de las categorías del bien y
del mal, de lo permitido, incluso de lo aconsejable, o de lo
inadmisible.*

Annie Ernaux

*La culpa es la que recorta, tras ella misma, su propia
posibilidad, proyectándola como su propia sombra en la
limitación originaria del hombre.*

Paul Ricoeur

*El pecado, en tanto que alienación consigo mismo, es, tal vez
más que el espectáculo de la naturaleza, una experiencia
sorprendente, desconcertante, escandalosa: como tal, es la
fuente más rica del pensamiento interrogativo.*

Paul Ricoeur

*He vivido tres vidas: la vida pública, la vida privada y la
vida secreta.*

Gabriel García Márquez

1

Galicia, 1870

Don Rafael se abrió paso entre la muchedumbre de emigrantes flanqueado por sus dos hijas y los cargadores que traían los baúles de las jóvenes. El Zarabanda se mostraba soberbio con su chimenea de vapor y sus mástiles erguidos rasgando el azul de agua y las nubes de Galicia. El patriarca quería entregar la documentación para que las muchachas abordaran con premura. Los papeles estaban en regla, con el sello del notario. Las mujeres menores de veinticinco años que viajaban solas eran obligadas a presentar un permiso de sus padres —o sus maridos, en el caso de las casadas— visado por el gobernador de la provincia respectiva. A pesar de su estado de ingravidez —difícil de notar por su flacura— Josefa era una mujer soltera y así llegaría hasta Nicaragua. Más tarde, lejos de las autoridades de migración, dirían que era viuda y estaba embarazada de su malogrado marido.

No sabían si la sociedad leonesa de Nicaragua sería igual de conservadora que la española; temían que sí.

Don Rafael entregó los papeles al inspector y abrazó largo y fuerte a sus hijas. Se tragó sus lágrimas y consiguió mantener la voz sin quebranto, debía transmitir fortaleza en un momento tan crucial. Con discreción les indicó que se cuidaran y repitió la orden de doña Lola: no enviar correspondencia hasta dar con un correo seguro. Prometió visitarlas en cuanto le fuera posible. Les pidió custodiar las monedas de oro con las que se sostendrían al llegar. Las bendijo con la señal de la cruz, ellas besaron sus mejillas y, anegadas en lágrimas, le pidieron que protegiera a su madre y a Genoveva. Las miradas de las jóvenes siguieron la espalda de su padre hasta perderse en el gentío.

La recepción de los viajeros de primera clase era distinta a la de los emigrantes de segunda y tercera. Los últimos viajaban hacinados y se formaban en largas colas para subir al vapor; los de primera, como Josefa y Dolores, eran recibidos de inmediato con un servicio de té. Los cargadores transportaron una parte de los baúles a las bodegas y los más necesarios a su camarote. Los vestidos pesados, la ropa blanca o el menaje de casa irían debajo, pues el aposento tenía el espacio reducido.

El *concierge* entregó a las hermanas un plano de la organización del barco y mandó a su mayordomo a darles una visita guiada por los lugares privilegiados de primera clase: las áreas de paseo, el comedor, la biblioteca, los salones para los juegos de mesa, las tertulias musicales y literarias. Las jóvenes quedaron sorprendidas por el lujo y la majestuosidad del barco. ¿Cómo se podía

sostener en el agua ese edificio gigantesco? Visitaron la enfermería y la capilla donde se celebraría misa todos los domingos y fiestas de guardar. Hacía varios años que una real orden obligaba llevar a bordo tanto a un cirujano como a un capellán, les informó.

En la visita por el barco, Josefa vio un letrado que decía “Penado el tráfico o la trata de esclavos”. En España y en sus colonias la esclavitud era legal —y lo sería hasta una década y media después—, pero en la educación de las niñas esa información no estaba presente. Por un momento, Josefa previó que entraba en un mundo cuyas reglas básicas le eran desconocidas.

El compartimento de las hermanas era un aposento con dos camas, un lavabo con agua corriente —podrían asearse a diario si lo deseaban— y un tocador o escritorio pequeño. Empacaron vestidos sencillos pero elegantes para viajar con comodidad. Josefa mencionó que pronto notaría ajustadas sus faldas de la cintura, y tal vez del busto, pero Dolores la tranquilizó indicando que ya las arreglarían en su momento, pues sabían algo de costura. Al instalarse, las hermanas cargaban un miedo pesado: desde ese momento, estaban por ellas mismas. Deberían elegir su futura casa, organizar sus horarios, la comida y, sobre todo, los nuevos vínculos. Las decisiones siempre habían sido tomadas por doña Lola y don Rafael; ellas obedecían a cal y canto.

La libertad de elegir paraliza a quien vive de órdenes.

El Zarabanda seguía recibiendo pasaje de tercera. La hora de zarpar sería justo después de la cena. Si en el trayecto hacia su destino final alguien preguntaba los motivos de su viaje, responderían que las encomendaron

establecer una academia musical en el Nuevo Mundo.
Las esperaban familiares en León, Nicaragua.

Alcanzaron sus bolsos de mano y salieron temerosas
al comedor.

2

Por mi culpa, por mi culpa,
por mi gran culpa

Castilla y León (cuatro meses atrás)

*Confiteor Deo omnipotenti, et vobis, fratres;
quia peccavi nimis cogitatione, verbo, opere et omissione:
me culpa, mea culpa, mea maxima culpa.
Ideo precor beatam Mariam semper Virginem,
omnes angelos et sanctos et vos, fratres,
orare pro me ad Dominum, Deum nostrum.
Amen.*

Dolores, Josefa y Genoveva entran a la iglesia escoltadas por sus padres, doña Lola y don Rafael, templarios responsables de resguardar su virtud y moral. La familia acostumbra los ojos a la negrura de la catedral de Santa María de Regla de León, un recinto umbrío donde los vitrales góticos apenas dejan filtrar débiles hilos de luz.

El aroma a humedad, parafina, flores blancas e incienso se mezcla con el olor repugnante del tabaco rancio y de la grasa corporal, del aliento de las bocas con dientes cariados y de los sobacos agrios de la feligresía. La iglesia es un territorio donde, a la par del amor de Cristo, serpentean el castigo y la represión.

La comunidad toma su sitio en las bancas de madera. Las hermanas, respetuosas, procuran no pisar el desgastado reclinatorio rojo que se extiende debajo de sus faldas y crinolinas. A los pocos minutos da inicio el canto de entrada e irrumpe el obispo: la congregación calla como si Dios mismo o uno de sus arcángeles bajasen a la Tierra. El cura es un hombre pálido, de una belleza celestial, dotado con la potestad de absolver el pecado primigenio, la mancha original. Los fieles quedan demudados ante su presencia. Es un seductor de mentes, almas y cuerpos. Llega al altar y, como es costumbre, da la espalda a la comunidad, posa sus ojos en la efigie del Dios crucificado.

Inicia la celebración eucarística y con ella el rezo en el cual todos se reconocen culpables.

(Yo confieso ante Dios todopoderoso)

Como el sacerdote, Josefa también eleva la vista para contemplar al Cristo que señorea el altar. Desde siempre, y aun entonces a sus dieciséis, la Iglesia ha estado en el centro de su vida como un espacio de formación y orden. Su mundo es gobernado por un Dios absoluto, tan ubicuo como aterrador.

(y ante vosotros hermanos)

Iniciada la oración, la niña abandona al Cristo y clava sus ojos en las baldosas del piso para no caer en la ten-

tación de mirar a alguien o ser vista, sobre todo, por un hombre. La mantilla de rigor que oculta su rostro y cabeza, la cubre del mundo y, al mismo tiempo, simboliza el luto por la pasión y muerte del cordero de Dios.

(que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión)

Se da golpes de pecho corroída por la posible vergüenza y el espanto de cometer, —ejecutar o pensar, aun sin saberlo—, algún acto que contraríe a la Santa Iglesia Católica.

(por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa)

Cada domingo es una ceremonia de guardar en la que, con el puño en el corazón, se exhibe la culpa. Esa sombra que oscurece el alma de los hombres pero, sobre todo, el de las niñas y mujeres: Eva prueba el fruto prohibido y se lo comparte a Adán. La manzana del árbol del conocimiento del bien y del mal envilece a quien la prueba. Así es desde el principio de los tiempos, la curiosidad condena al fuego eterno y acarrea como losas pecados —propios y ajenos—, y mancilla las conciencias.

(por eso ruego a Santa María siempre virgen)

Arropada por el manto de la Santísima Virgen María, su gran ejemplo, Josefa ora para que la madre de Dios le provea la fortaleza necesaria para alejarse de cualquier tentación. Llena de gracia y amor, bendita entre las mujeres, es la indicada para recibir sus preocupaciones y reconciliarla ante *su* Hijo.

(a los ángeles, a los santos y a vosotros hermanos)

(que intercedáis por mí ante Dios nuestro señor)

Los hermanos en la fe están presentes en cada banca, en los pasillos, apiñados al fondo, junto a las puertas entornadas de la catedral. Ellos, como centinelas vigilantes

del camino correcto, señalan, murmuran y critican tanto como interceden ante el Todopoderoso. Se escudan del escrutinio comunal en los valores de la piedad y la decencia. Los vecinos pudientes de León aniquilan con un dedo inquisidor mientras vuelven la vista al cielo para pedir por su prójimo: un doble juego de hipocresías que mantiene unidas a las familias leonesas de estirpe.

Que así sea para siempre, por los siglos de los siglos.
(*Amén.*)

Este domingo, el próximo domingo, cualquier domingo, Josefa y sus hermanas confiesan ante todos sus errores, pretenden limpiarlos —este domingo, el próximo domingo, cualquier domingo, toda la vida— revelan sus pecados, cumplen con los sacramentos y, en la semana, trabajan en labores caritativas, sacrificios diarios. La vida entera se les va en expiar condenas por infringir reglas que alguien, en su absoluta necesidad de dominar, establece como ley.

La culpa, sombra cosida a la falda con la aguja del miedo y la hebra de los siglos.

La culpa, jaula donde crece una fauna de fragilidades humanas.

La gran culpa, costal de estiércol.

Josefa devuelve la vista del piso, se persigna en la fe y repara una vez más en el Cristo clavado en la madera acariciado ahora por una luz amarilla y álgida. Un ser inanimado ante el cual rendirse y obedecer. Mira de reojo al obispo y se maravilla.

Canta con sus hermanas el *Kyrie eleison*, ruegan piedad al Señor.

En la casa del Creador del Cielo y de la Tierra, todo es irónicamente aterrador, bello y descomunal.

3

Doña María Luisa

El comedor de primera clase estaba dispuesto en un salón que presumía de ventanales al mar y cortinas de terciopelo verde similares a las que lucían los salones de fiesta de las buenas familias de León. Tenía mesas redondas, cada una para ocho comensales, y las sillas tapizadas a juego; la vajilla y los cubiertos ostentaban el monograma de la compañía: la *R* y la *S* de Royal Sonata se unían en letras doradas y cursivas, un cuarteto de cuerdas interpretaba a Vivaldi. Las hermanas titubearon un rato para escoger sus lugares; al final se decantaron por una mesa al fondo del salón donde una señora de cara sonrosada y bonachona les dedicó una amplia sonrisa al verlas entrar. Dolores se presentó y también lo hizo Josefa para luego inquirir con una mirada suplicante si podían sentarse. La mujer gesticuló con elocuencia: por supuesto que sí, faltaba más. Se llamaba María Luisa, estaba encantada de conocerlas, les admiró la belleza y, sin pausa, les pre-

guntó qué las llevaba a cruzar el océano y si su destino final era Cuba. Dolores respondió con timidez que viajarían a Nicaragua. Josefa nada más sonrió.

—¡A Nicaragua! ¡Qué bien, vaya casualidad! —rugió—. Yo vivo allá. Me alegra tanto.

La mujer tenía una voz confiada, firme. No parecía preocuparse porque los demás, como sucedía en ese momento, la observasen expresarse con desparpajo y a viva voz, alejada del decoro que las niñas habían aprendido. Era como si el barco o el viaje o la vida fuera de ella. Doña María Luisa había vuelto a España, contó, porque su padre estaba muy mayor y enfermo y lo había enterrado al poco de llegar a la península. Venía de pasar unos meses en Madrid donde debió gestionar la herencia y la organización de la finca, pero, indicó, por fortuna ya volvía a su Nicaragua a disfrutar de la vida.

—España está demasiado llena de españoles tan españoles —rio y otra vez ignoró las miradas de las mesas circundantes.

La mujer era una tromba, pensó Josefa. Un mesero repartió agua y prometió regresar con el menú. Ella le ordenó que le trajera vino y pidió a las niñas que eligieran un zumo. Josefa siguió muda, Dolores no supo qué pedir.

—Tráeles de la naranja valenciana que el capitán guarda para él —ordenó.

Doña María Luisa quiso saber si ya habían seleccionado el transporte de Cuba a Nicaragua, que si no era así ella podía ayudarlas a gestionarlo. Tenía, explicó, algunos contactos. Era tal su dominio de la escena que, para cuando las chicas se lamentaron por la muerte del

padre y le desearon que su alma descansase en la gloria del Señor, doña María Luisa ya les había detallado cómo sería el viaje —habría algunos vientos fuertes y quizá mar picado a mitad de trayecto, “nada de qué preocuparse demasiado”—, qué esperar del personal del comedor y cómo conseguir que les enviaran toallas tibias al camarote cada noche. Cuando consiguió hablar, Dolores contó que su padre había arreglado el trasbordo a Nicaragua con la naviera. A doña María Luisa le dio gusto que se hicieran compañía, luego volvió sobre su padre, que había muerto muy con Dios, así que no era motivo de pena, que su muerte tuvo santidad pues pudo confesarse y recibir la extremaunción. Cerró declarando que Dios tenía sus maneras. Amén, le contestaron a coro. Por primera vez, a Josefa le pareció notar un dejo de tristeza en la mujer de mejillas encendidas.

Se acercó el camarero con el menú de la cena. Esa noche servían sopa lionesa y bacalao a la catalana maridados con vino blanco de Rías Baixas y, al final, quesos, higos, pasas y té con pan. Doña María Luisa informó que la comida del barco era buena —mas no extraordinaria— pero que al menos en primera era superior a “la porquería olvidada de Dios que sirven en segunda y en tercera”. Las niñas ni debieron elegir: mencionó que todas tomarían el menú completo y cerrarían con el platón de quesos. El mesero se fue sin esperar más, tomando su voz por orden. Doña María Luisa declaró que les gustaría la cocina nicaragüense. La comida criolla era exótica pero deliciosa; ya la probarían y se enamorarían de ella. Los siguientes minutos hasta la llegada de los platillos, les dio recomendaciones para los posibles mareos, el trato

con los marineros y los demás pasajeros. Son jóvenes y andan solas, acentuó, y eso es de cuidado. Apenas empezaron a servir los alimentos, los bendijeron, oraron y doña María Luisa siguió el monólogo sobre el entretenimiento a bordo. Si en día de navegación la mar estaba en calma, podrían realizar paseos por la borda; si preferían leer, había una biblioteca con buenos ejemplares, a veces tomaban clases de baile de salón o se juntaban a jugar naipes y a escuchar a cualquier pasajero que tocara la guitarra u otro instrumento. Como si les hubiesen dado cuerda, Josefa abrió los ojos como platos e impetuosa, contestó de inmediato que ellas tocaban la guitarra, su hermana Dolores era una virtuosa del instrumento y que ella se decantaba por el piano. Cuando hubo de responder, doña María Luisa notó fuego en sus pupilas.

—¡A que sí! ¿Y la has traído, la guitarra? —preguntó esperanzada.

Las muchachas le contaron que una de las razones por las cuales se habían embarcado era que iban con la intención de poner una pequeña escuela de música en Nicaragua. Además de tocar varios instrumentos, componían y declamaban y, sí, viajaban con su guitarra.

—¡Unas artistas! ¡Ustedes son unas lindas artistas! Nos vamos a llevar muy bien. Mi casa de Managua siempre tiene las puertas abiertas para las tertulias literarias y musicales. Estoy emocionada de conocerles, ya quiero escucharlas.

El camarero iba y venía con las viandas y a las jóvenes les pareció que la comida era buena. El vapor todavía estaba en el muelle así que Josefa se sentía cómoda y sin mareos. Le daba cierta aprehensión que además de los

vahídos por su estado se sumaran los del movimiento del barco, pero la calma del puerto era satisfactoria. Desde que supo que se embarcaría hacia una nueva vida, apretaba las cuentas del rosario que atesoraba en la bolsa de su falda. Le pedía a la Virgen del Camino que las condujera con bien y sin tempestades. Seguiría las recomendaciones de doña María Luisa para combatir mareos y náuseas, se dijo, y mientras hablaba para sí, notó que la mujer, aun en su desparpajo o quizá por esa determinación, le producía una extraña tranquilidad.

Antes de retirarse del comedor, el camarero avisó que el desayuno se serviría a partir de las siete de la mañana. Recomendó el café con azúcar, el pan fresco y el chocolate. Las mujeres salieron a cubierta. El puerto de Vigo todavía tenía el ajetreo previo a las partidas. Los gritos de los marineros y de los estibadores, el murmullo ascendente del pasaje, las risotadas, algún llanto dolido de despedida. Seguían yendo y viniendo bultos. Josefa vio incluso subir un caballo pardo y varias pacas de alforja. Doña María Luisa declaró que la ponía muy alegre haberlas conocido, presentía un viaje deleitable.

—Niñas —se detuvo un instante mientras observaban el movimiento debajo—, este mundo está vivo y la vida es una complicación, pero al menos en este viaje me tendrán a mí para ayudarlas a navegarlo —proclamó, y se rio con el juego de palabras.

Dolores vio dibujarse en el rostro de Josefa una sonrisa franca como no le había observado en semanas.

4

Castilla y León

Porque yo sé que, en mí, es decir, en mi carne, no habita nada
bueno.

Romanos, 7:18

Dolores, Josefa y Genoveva asistían a diario a misa de siete en la catedral de León. La tarde de los miércoles hacían voluntariado en el dispensario; la de los jueves, pastoreaban a los chiquillos mientras el cura los instruía en el catecismo. Servir a su semejantes era parte de la enseñanza católica de obediencia, sumisión y amor, el germen para formar a sus futuras familias. Habían aprendido a encontrar dicha en el servicio. Cada vez que conseguían evangelizar a un chiquillo o entregar medicamentos a los enfermos se hacía presente en sus corazones el amor a Dios. La ternura y la compasión ocupaban sus días; sabían contemplar la luz que emite la bondad y al mismo tiempo distinguían las consecuencias de apar-

tarse del camino de la rectitud: sus padres profesaban la fe bajo el rigor, inequívocos de que sus hijas debían ser corregidas como lo hacían las cabezas de familia responsables. El amor filial se hacía presente en el cuidado, la educación y ciertas veces, en la severidad física.

El universo de las hermanas era la devoción y una conciencia que podía morder aun en sueños. Dolores era la del ejemplo a seguir, instruía con cariño y dulzura. Devota de Santa Teresa de Jesús, en su fuero interno admiraba la historia de la santa y su valentía de querer irse a tierra de moros a morir por el Padre. En su cabeza reinaba la confusión entre el llamado de Dios y el de ser madre. Ambos eran caminos de servicio y salvación. Los asuntos espirituales conducían sus pensamientos. El camino de la santidad era el norte de su vida. Josefa desplegaba la fuerza y el empuje para reforzar los consejos de la hermana mayor y se mostraba temerosa ante ciertos actos y decisiones humanas. A diferencia de Dolores —quien parecía vivir en el cielo—, sentía curiosidad por los actos terrenales de los hombres, por sus elecciones y sentires. Genoveva, una joven gentil pendiente de secundar la norma de sus hermanas, hacía las preguntas arriesgadas e incómodas. Cuando soltaba alguna de sus ocurrencias, hacía fruncir el ceño de las mayores dejándolas sin respuestas precisas. Las hermanas eran tres personas distintas y un amor verdadero. Confiadas en que juntas alcanzarían la salvación eterna.

El miércoles que cambiaría sus vidas —*ese* miércoles—, las hermanas se prepararon como dictaba la costumbre: por la tarde, y después de sus estudios, irían al dispensario a ordenar las medicinas recibidas

en donación. Pisar la iglesia exigía su protocolo y una familia aristocrática debía cumplir con los códigos. La vestimenta era un asunto central, un reflejo de la alta sociedad leonesa y de su proceder. Los colores y las texturas recatadas espejeaban la grisura del clima y la camisa de fuerza de las mentes de su gente. Así como con la ropa, en esos tiempos y lugares, la insinuación era obligada: definía el mundo entre el claroscuro de lo dicho y lo supuesto, las telas cubrían del tobillo al cuello y se llevaban por capas —a modo de no liberar aroma alguno ni mostrar la piel—. Por la mañana, el personal de la casa alistó el atuendo de las niñas. *Ese* miércoles, Dolores vestía una prenda crema de manga larga con vuelos en los brazos, la tela bordada como un jardín de flores moradas, ramitas y hojas verdes. Era un vestido que caía hasta el ojo del pie, frondoso por la crinolina, destinado a desviar la atención de la niña y posarla en la tela. Para reforzar la invisibilidad, se recogía el pelo en una trenza apretada y sujeta a la cabeza —dejarlo al aire libre hubiese sido transgresor para una sociedad conservadora—. Josefa también vestía de crema y manga larga pero su bordado era un poco más austero, unas margaritas amarillas, tenues. El vestido tenía un cinturón ancho enlazado por la espalda y, abajo del faldón, un miriñaque de portentoso volumen que hacía a la niña caminar con gallardía. Su pelo iba trenzado —al igual que el de su hermana mayor— bajo la mantilla obligatoria. Genoveva vestía de lila, con una falda de tres hileras de vuelos que se mecían al andar. También el pelo trenzado en dos partes como lazos o sogas de cabalgadura colgantes bajo el velo.

Camino a la iglesia, detrás de las hermanas, las resguardaba la señorita de compañía, Rosario. Sin ella ninguna ponía un pie fuera de la casa. Su tarea era vigilar —y demostrar— que las niñas eran cuidadas. Su saya, así como su falda oscura, también de vuelos, se mecía con la brisa regular de la incipiente primavera leonesa. En su pulcro delantal, sujeto a una cinta, traía guindado el llavín del portal de la finca, símbolo de la confianza de sus señores patrones. Su cabeza iba envuelta en una pañoleta que le cubría el moño con tanta justeza que parecía evitar la entrada y salida de ideas. Un mantón gris la protegía del frío. Con aires de severidad, pero en la impostación escondía su blandura. Al ocuparse de las niñas, Rosario ostentaba el rol de mayor responsabilidad entre el personal de la casa. Ni Juana, que trabajaba recluida en la cocina, ni María, quien fungía de criada para todo —al tener la obligación de las compras, los recados, la limpieza de la vivienda— accedían a las potestades y libertades de la señorita de compañía.

La pequeña farmacia ubicada en el claustro diocesano —anexo a la inmensa catedral— era una habitación oscura que contrastaba con la luminosidad del patio central. Tenía una reja como puerta de acceso de cara a la calle. Los enfermos que tenían la urgencia de acudir por medicamentos no debían traspasar la intimidad de la clausura, tampoco los chavales que se dirigían a los salones de catecismo. El grupo de voluntarias estaba compuesto por una decena de muchachas de las mejores casas leonesas que se conocían entre sí y reían por lo bajo con los cotilleos de la semana. La familia de Josefa tenía intereses que cubrían toda la comarca y se exten-

dían hasta Gijón, al norte del territorio. Originarios de Navarra, los negocios agrícolas y harineros empujaron al patriarca don Rafael a mudar a los suyos a León, donde la siembra, cosecha y comercio de trigo eran excepcionales. El empresario tenía también caballada y un nutrido hato de ovejas. Mantenía unos bueyes firmes para tiro y carga que empleaba, tanto para el transporte de su propio negocio como para renta a otros hacendados. Si había la necesidad de trasladar algo entre curias —mobiliario, un Cristo y su cruz, laicas consagradas, pilas bautismales, novicias y vicarios—, don Rafael se mostraba generoso y cedía sus medios de transporte para beneplácito del obispo.

La organización de las medicinas era una actividad laboriosa y tardada. Los pomos de diferentes tamaños contenían vendas, bálsamos, algún brebaje tóxico y una variedad de menjurjes aromáticos que cortaban el aliento. Dolores era la responsable de clasificar preparaciones y ungüentos; Josefa y otras muchachas escribían con caligrafía perfecta los rótulos; Genoveva oficiaba de ayudante dispuesta a servir a las mayores. En ese espacio oloroso a alcanfor donde crujían los miriñaques y se escuchaban risas delicadas, las niñas eran felices. El servicio y la entrega al prójimo se vería recompensado con el paraíso, ese lugar al que todas aspiraban y rogaban alcanzar a través de sus oraciones.

Las faenas del grupo recaían en el ojo vigilante del obispo. El capellán tenía a su cargo a la plebe, mientras él era confesor de las familias de estirpe, el único hombre en la región ante el cual, por su cercanía con Dios y su apabullante carisma, los patriarcas hincaban su rodilla.

El obispo tenía gestos finos y voz profunda, un brillo seductor en los ojos, charlaba con una cadencia lenta, sabía convencer con su autoridad y con la palabra. Al escuchar su voz, los fieles perdían el sentido de lo mundano y se transportaban a un estado meditativo, de gracia. Provenía de una familia aristocrática y acaudalada —en esas estirpes era usual encontrar entre sus miembros a un representante de Dios en la Tierra, por lo general un clérigo o una monja—. Desde pequeño fue educado para exhibir gallardía y elegancia, una sonrisa perenne que jamás revelaba sus pensamientos. Advertía una inclinación particular por Josefa —la muchacha de los ojos negros— y, como su guía espiritual, la conducía en la comprensión de la palabra, la obediencia, el respeto a Dios y al servicio. Josefa era una joven sumisa y trabajadora incapaz de cuestionar la autoridad de la Iglesia y de sus padres, la sabiduría deslumbrante de aquel hombre y los destellos de su mirada la arrobaban, su sola figura la envolvía en un estado placentero. El obispo solía halagarla con cariño y deferencia: “niña de mis ojos”, “favorita del señor”, “la más pía”, escuchaba Josefa cada vez que sus rodillas aguijaban el reclinatorio dentro del confesionario. “El señor espera por tu amor”. Ella se sentía privilegiada.

Ese miércoles, entre risas y charlas, las niñas ordenaban las medicinas del dispensario cuando el cura abrió la puerta sin anunciarse. Hicieron una pausa, agacharon sus cabezas y presentaron respetos. Estaba urgido, las bendijo con una señal de la cruz al aire y ordenó dulcemente que retomaran su labor. Sin demora, ubicó a Josefa y le ordenó que lo acompañase a la sacristía. Ex-

plicó que ahí se encontraba una pequeña caja de madera con algunos frascos que debía ser traída a la farmacia. Josefa había sido ungida con su distinción, tembló. Arrearon a la sacristía, la niña siguiéndole de cerca, el crujido chisporroteante de su falda y sus pasos hicieron eco en los muros.

5

Oración del camino

Virgen de la Soledad
Virgen del Verbo Divino
Danos tu bendición
Que vamos dispuestas al camino
Los tres clavos de la cruz van adelante de nosotras
La cruz de Cristo nos valga
Y la Santísima Trinidad nos acompañe.

Amén.

Dolores y Josefa rezaron la oración que les había enseñado su abuela. La pronunciaban al salir de casa y cuando hacían algún viaje —que jamás había sido más allá de los márgenes de Castilla y León, Asturias y Galicia—. Ahora sí viajarían a un mundo nuevo, cruzarían el Atlántico. Oraron con fervor, triturando cada palabra.

Los marineros elevaron el ancla y El Zarabanda se despidió del gentío del puerto con sus silbatos de niebla.